

Presentación libro "La Dignidad de la Mujer",
Salón de Honor, diciembre 7, 1989.

Les debo una explicación previa. Por una serie de malentendidos, los artículos que forman este libro, llegaron a mi poder demasiado tarde. Por eso la confianza con que me comprometí a presentarlo, está empañada por la conciencia de que cometo un atrevimiento al hacerlo. Sin embargo, me pareció tan importante que un grupo de autores distinguidos hicieran eco a la enseñanza del Papa sobre la dignidad de la mujer, que no pude sustraerme a pesar de todo a destacar la importancia de ese hecho, aun cuando me esté impedido destacar en detalle las numerosas riquezas de esta obra.

La toma colectiva de conciencia de los derechos de la mujer es un rasgo de la evolución cultural contemporánea. Como siempre ocurre, esta toma de conciencia de derechos, se refiere directamente a los aspectos en los que ellos son conculcados o negados. Y ciertamente, en el caso de la mujer, esos aspectos son innumerables. Y como ocurre habitualmente, a los derechos reales que se reivindican, se les agregan falsos derechos, y aun atropellos a los derechos ajenos. Es a ese mundo apasionado y a veces confundido, al que se le dirige hoy la palabra del Magisterio, en forma de una meditación , que ha dado pie a esta obra colectiva que se pone hoy en circulación.

El mundo habla de los "derechos". El Papa habla en primer lugar de la dignidad. Porque es la dignidad la fuente de donde manan todos los derechos, y donde se puede beber en su pureza el agua que los fecunda y alimenta.

La Encíclica se inscribe dentro de un ciclo de desarrollos y comentarios a los documentos del Concilio. No debe estudiarse sin ellos. La Constitución Gaudium et Spes, formula derechamente la pregunta: ¿Qué es pues el hombre?.¿

Pero qué sentido tiene propiamente esta pregunta? En el breve lapso de dos siglos, se ha progresado como nunca en el conocimiento de la naturaleza biológica del hombre, de su vida instintiva, de sus organizaciones sociales, de su historia, de sus culturas. Seguramente nunca se habían allegado tantos datos para comprenderlo. Y paralelamente, se ha profundizado de modo increíble en el conocimiento del mundo. Este aparece dominable por las ciencias cuyas leyes se comprenden. La Medicina ha erradicado enfermedades que antaño despoblaban al mundo y ha aumentado la vida media del hombre; las ciencias permiten utilizar los procesos biológicos para aumentar la producción de alimentos, descubren formas nuevas de energía, liberan al entendimiento humano de muchas ataduras rutinarias. Si a alguien de principios de este siglo se le hubiera hecho un inventario de los adelantos de los que dispone la humanidad al final de él, creo que habría pensado que la suma de felicidad y señorío de la especie humana se había incrementado más allá de sus sueños más optimistas. ¿No resulta acaso anacrónico insistir en una pregunta tan general como la que hacen los Padres Conciliares? Y sin embargo, tenemos la sensación vívida de que la pregunta ¿Qué es pues el hombre?, está cobrando cada vez mayor urgencia.

Quisiera sugerir una razón para esta urgencia. Sus propios adelantos han creado para el hombre un mundo artificial, en el que sus nexos milenarios con la naturaleza se han alterado. Sus formas de convivencia, la actitud ante el proceso de la generación humana, sus relaciones de producción, su actitud ante la salud y la vida, han cambiado radicalmente. El hombre de la sociedad tradicional, el que tiene su sitio en el mundo establecido, y que no cuestiona lo básico de sus relaciones con la naturaleza, con los otros hombres, y consigo mismo, ese hombre se está esfumando en el pasado. Cada uno de nosotros lleva todavía algunos débiles restos de él en su espíritu, y se encuentran aquí y allá comunidades, en las que su existencia está vigente. Pero en lo básico, el ser humano siente que está haciendo su camino al andar, y por muchas que sean las esperanzas que

trate de proyectar hacia el futuro, él carga en su alma con la angustia y el miedo del desterrado. No siente que haya para él un lugar que le sea propio, y todos los lugares le son posibles y extraños. Por eso, y paradójicamente, mientras mayor es el progreso, más apremiante se hace la pregunta ¿Qué es pues el hombre?

No es extraño que desde el día en que uno de los teólogos más importantes del Concilio ascendió al Pontificado, él haya desarrollado la respuesta a esa pregunta fundamental en una serie de documentos que tratan de responderla siguiendo el principio fundamental sentado también en *Gaudium et Spes* de que "sólo en el misterio del Verbo encarnado empieza a aclararse el misterio del hombre".

En este siglo de los grandes crímenes antihumanos y de la profunda depresión materialista de todos los valores humanos, lo que emerge como la primera pregunta sobre el hombre, es la pregunta por su dignidad. No se trata de enumerar derechos, se trata primero de situar al hombre en la jerarquía de la creación y desplegar en esa contemplación lo que le es más propio y lo que es decisivo en su ser, lo que es la fuente de sus derechos esenciales.

El Concilio enseña que la razón más alta de la dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la unión con Dios. Y la Encíclica recuerda que la forma más alta de unión, la que supera toda posible expectativa del espíritu humano, es la que se dió en una mujer, cuya palabra fue más fuerte que la voz de todos los profetas, pues mientras ellos anunciaban al Mesías, en cambio "con la respuesta de María realmente "el Verbo se hizo carne"". (MDn3). Y desde este punto de vista, "la "mujer" es la representante y arquetipo de todo el género humano, es decir, representa aquella humanidad que es propia de todos los seres humanos, ya sean hombres o mujeres"(MDn4). No cabe imaginar una mayor dignidad para una forma de lo humano.

Pero ¿cuál es el Dios al que se une el ser humano y en cuya unión se establece su dignidad? ¿Qué puede significar esa unión, para la vida concreta de hombres y mujeres? También lo dice el Concilio con palabras de una fuerza que recuerda a los Padres de la Iglesia. "El Señor, cuando ruega al Padre que "todos sean uno como nosotros también somos uno", abriendo perspectivas cerradas a la razón humana, sugiere una cierta semejanza entre la unión de las personas divinas y la unión de los hijos de Dios en la verdad y en la caridad". Esto significa que la comunión entre los hombres participa de la vida misma de Dios en la Trinidad, y la relación entre los hombres no puede ya conocer otro sentido que el de la entrega total de las divinas personas. Y agrega Gaudium et Spes, "esta semejanza demuestra que el hombre, única criatura terrestre a la que Dios ha amado por sí misma, no puede encontrar su propia plenitud si no es en la entrega de sí mismo a los demás" (GSn24)

Aquí emerge una antropología que es capaz de iluminar la existencia humana en "el contexto de aquel principio bíblico según el cual la verdad revelada sobre el hombre como imagen y semejanza de Dios constituye la base inmutable de toda la antropología cristiana...." (MDn6)

El hombre es creado en comunión, en "una cierta semejanza con la comunión divina" (MDn7) en comunión de hombre y mujer llamados a la entrega sincera, recíproca y a los demás. La verdadera fuerza de la realización personal está en esa forma de abandono. El Hijo del Hombre no vino a ser servido sino a servir, y la Madre de Dios es la "esclava del Señor".

Para los hombres y las mujeres que preguntan hoy por sus derechos, por aquellas cosas que emanan de su dignidad, llega una respuesta que tiene los rasgos de las más auténticas respuestas evangélicas, de esas que no sólo frente a Marta y a la samaritana, sino frente a los discípulos y frente a los escribas y fariseos, van siempre más allá de la pregunta, como buscando abrir otro contexto, en el que la

pregunta sigue siendo válida, pero es asumida en una realidad poderosa que no era siquiera sospechada por el que interrogaba. Todos los derechos, los de los hombres y los de las mujeres se fundan en último término en la capacidad y el llamado a la entrega sincera a los demás, según su propia, específica e insustituible identidad.

Así lo vemos en la exégesis del Papa de las palabras del Magnificat : "Ha hecho en mi favor maravillas", este es el descubrimiento de toda la riqueza, del don personal de la femineidad, de toda la eterna originalidad de la mujer en la manera en que Dios la quiso, como persona en sí misma y que al mismo tiempo puede realizarse en plenitud "por medio de la entrega sincera de sí"...es "el descubrimiento de la propia humanidad femenina" (MDn11).

El problema de los "derechos" del hombre o de la mujer, queda así trasladado de plano, y trasladado a una perspectiva en la que la detestación que debe merecer cualquier forma de discriminación arbitraria, se da la mano con el reconocimiento de diferencias que reflejan el ser mismo de Dios y de su comunicación a los hombres. Ni el varón ni la mujer pueden ser considerados como individuos aislados, ni menos contrapuestos, sino como las personas que en su comunión expresan la vida misma de Dios.

El dominio del varón, la postergación de la mujer, su sujeción, el atropello de sus derechos personales y laborales, el desconocimiento de su grandeza específica, son simplemente parte del tejido de pecado que oscurece toda la historia humana. El mismo tejido de pecado es el que impide penetrar en el sentido de donación de sí que revisten las condiciones de la maternidad o de la virginidad por el Reino. Es la misma antropología pervertida la que les niega su valor a estas, y la que consagra todas las variedades antihumanas de relación entre la mujer, el varón y la sociedad en general.

No puede encarecerse suficientemente el valor de esta Encíclica, destinada a marcar una época en la noción que de sí tiene el ser humano. El libro que hoy día presentamos, tiene a su vez el valor inapreciable de exponer las respuestas, las reacciones de intelectuales a esa contemplación ofrecida por el Papa. Al don de la Encíclica que interpela, debe corresponder el don del fiel que acoge. Y este testimonio de acogida de los autores, debería estimular a muchos otros para que fueran a beber a la misma fuente de esta enseñanza pontificia, que es transparente como el agua y tras la cual se descubre, a las mujeres y a los hombres hambrientos de sentido, el rostro, infinitamente atrayente de Jesús.